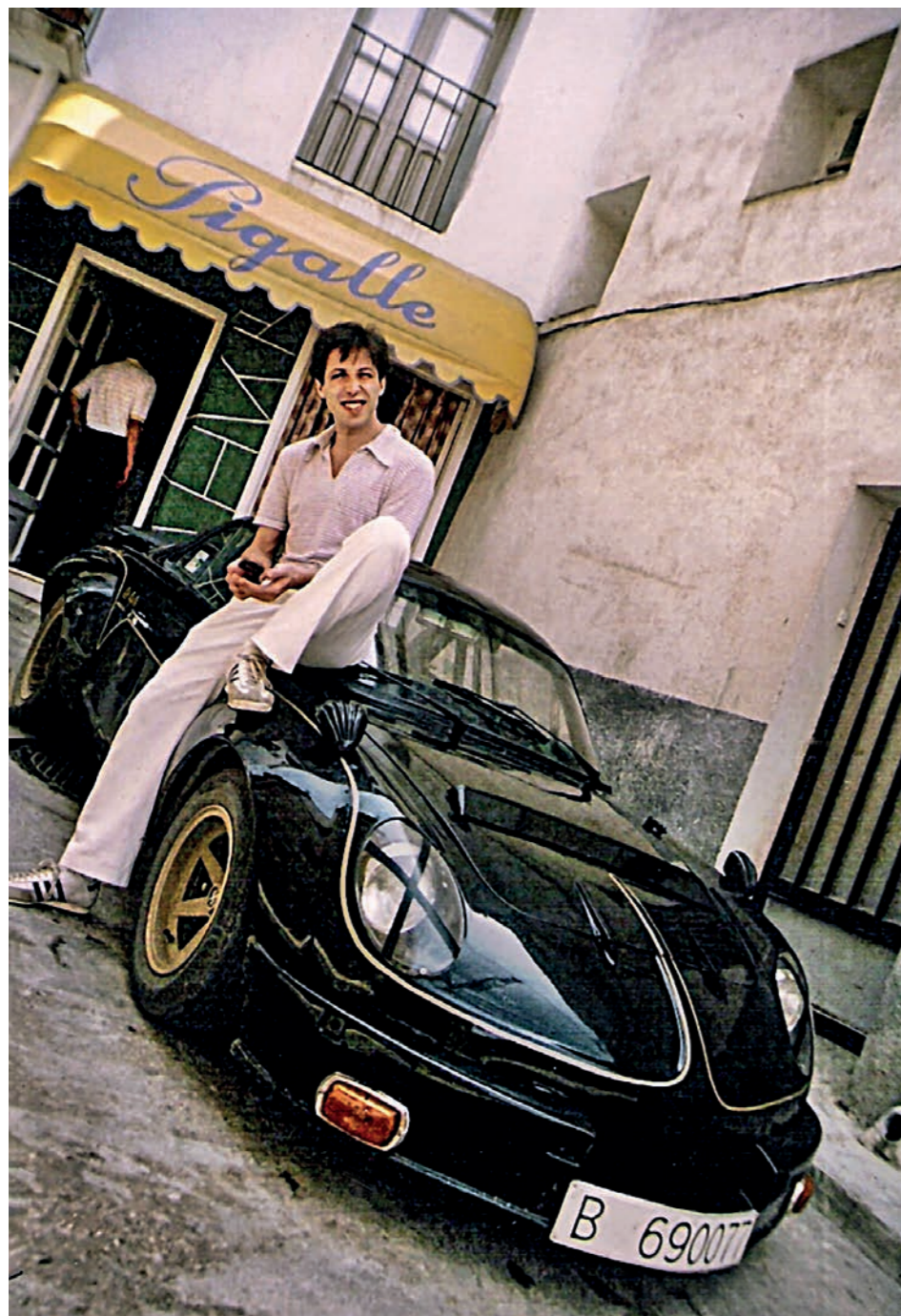


Absenta, tequila y rock and roll animals 40 años de Pigalle

Jesús Legua Valero
Fotografías del archivo del Pigalle



José Luis Insa, Adidas y Alpine.

Es una experiencia que todos hemos tenido. Estás entre un grupo de amigos y aspiras a ser el tío más *cool* del universo, moviéndote tranquilamente detrás de una barra cuando suena la canción *Time is on my side* de los Rolling Stones o Joy Division con *Love will tear us apart*. Para poner la guinda, en la puerta un Alpine negro esperándote. Esa fue la primera sensación que tuve con el bar Pigalle de Andorra, ubicado en la calle Santa Bárbara número 4. Y de esto hace ya 40 años. Este artículo no quiere ser solo una concesión a la nostalgia, ya que el Pigalle todavía sigue y los “chicos” todavía se divierten entre esas cuatro paredes, de otra forma, eso sí.

En el año 1981 yo tenía 17 años y de siempre había conocido en ese lugar una tienda de ultramarinos, pues llevaba abierta desde los años 40, regentada por la familia Insa. Y, de pronto, se transforma en base de operaciones destinada a albergar a los “modernos” del momento, incluido todo el profesorado que estaba de paso por Andorra. Allí descubrimos muchas canciones que orbitaron alrededor de nuestras vidas.

El Pigalle... ¡Qué bien sonaba el nombre! Aunque poco sabíamos de ese barrio parisino con luces de neón y eclécticos locales de vida nocturna. “Barajamos una serie de nombres, entre otros Siddhartha, que rendía homenaje a Hermann Hesse y su novela alegórica, pero al final fue Jesús Bielsa el que le dio el nombre al bar”.

En 1981 Jesús Bielsa, José Luis Insa y Luis Villanueva, después de haber finalizado el servicio militar y deambulado por la noche zaragozana, deciden montar un bar de corte musical. Ya sé que es un tópico, pero el Pigalle ha sido siempre un bar que se ha caracterizado por los discos.

El local pertenecía a la familia Insa, y José Luis, el hermano mayor, después de mirar otros locales en el pueblo, se decidió por la vieja tienda de ultramarinos que ya había cambiado de ubicación. Animado por su padre, que fue el que le ofreció el local, se pusieron manos a la obra y ellos mismos comenzaron con la primera reforma del recinto para convertirlo en bar, con un aforo no muy grande pero sí muy acogedor, donde cada cliente elegía su sitio.

“En aquella época pusimos 600 000 pesetas cada socio y mi teoría era que trabajando hasta los 40 (entonces tenía 21 años) sería suficiente para vivir a lo grande, y resulta que llevo 40 años detrás de la barra”. Los tres socios eran totalmente *amateurs* en el mundo de las barras, apenas tenían conocimientos sobre cómo llevar este tipo de negocios, pero no les preocupaba en absoluto. El hecho de haber estado en Zaragoza y frecuentar bares ya clásicos en la capital como El Bandido, La Croqueta o El 17 les dio una idea de cómo se podía adaptar todo esto a un pueblo. Tarea nada fácil, teniendo en cuenta que los únicos bares que funcionaban como bar musical en aquella época en Andorra eran El Crack, que se nutría de buenos discos apilados detrás de una barra, y la cervecería de “la Tina”, donde existía una Juke Box en la que seleccionabas la 3B y sonaba *Sobre un vidrio mojado* versión de Los Secretos.

Su exterior, en los inicios, no tenía nada que ver con la plaza que actualmente existe, la cual alberga una reproducción de la torre Eiffel que data de abril del 2000 y que fue donada por Ángel García Cañada. Fuera del bar solo estaba la calle y la gente se sentaba en la acera y allí charlaban, fumaban y tocaban la guitarra.

“La bancada del Pigalle, el metro cuadrado más compartido del pueblo, una ventana por la que muchos adolescentes nos asomamos al exterior de nuestras emociones”.

Durante la primera mitad de los ochenta el Pigalle y sus propietarios funcionaban como un grupo *beat* rodeado de sus acólitos. Entre otros, Antonio Gross, José Luis el Rata, Tony el Canario, etc. Todo son proyectos a largo plazo, buen rollo y ganas de comerse el mundo.

“El hecho de que fuéramos diferentes al resto de los bares de la localidad era debido a la música que sonaba, lo que influyó en que el público compartiera gustos de música menos estandarizada y comercial; grupos como Los Smiths, The Church, Talking Heads o incluso los precursores del *punk*, los Sex Pistols o Clash, sonaban en el local. No había televisión y la música se podía oír en todo su esplendor”.

Cada uno de los socios iba alimentando ese tocadiscos marca Dual donde se podían escuchar clásicos de hoy en día, pero que en aquella época eran un descubrimiento: *Lodger* de David Bowie, *Emotional rescue* de los Rolling Stones o *Música moderna* de Radio Futura. Estos hallazgos precoces dejarían huella en la personalidad de muchos de nosotros. Los discos del bar procedían de tiendas como Discos Linacero o Discos Val R-3 (tenía 3 tiendas en el Tubo de Zaragoza). Estos discos eran una necesidad en el bar, tan importante como tener *stock* de brebajes gloriosos. Hoy en día parece ciencia ficción, por desgracia.

“Cada uno traía sus discos y en algún momento podían sonar temas de Cat Stevens, para terminar por la noche con los Waterboys o Lou Reed y el tema *Crazy feeling*. Escuchar estos temas hoy en día es viajar a través del tiempo”.

Las noches del Pigalle también podían ser una pasarela donde la forma de vestir era poco convencional. En esas tardes y esas noches todo valía: las hombreras, los zapatos Doctor Martens, los pelos cardados, las chapas, parches y tachuelas en las chupas de cuero...

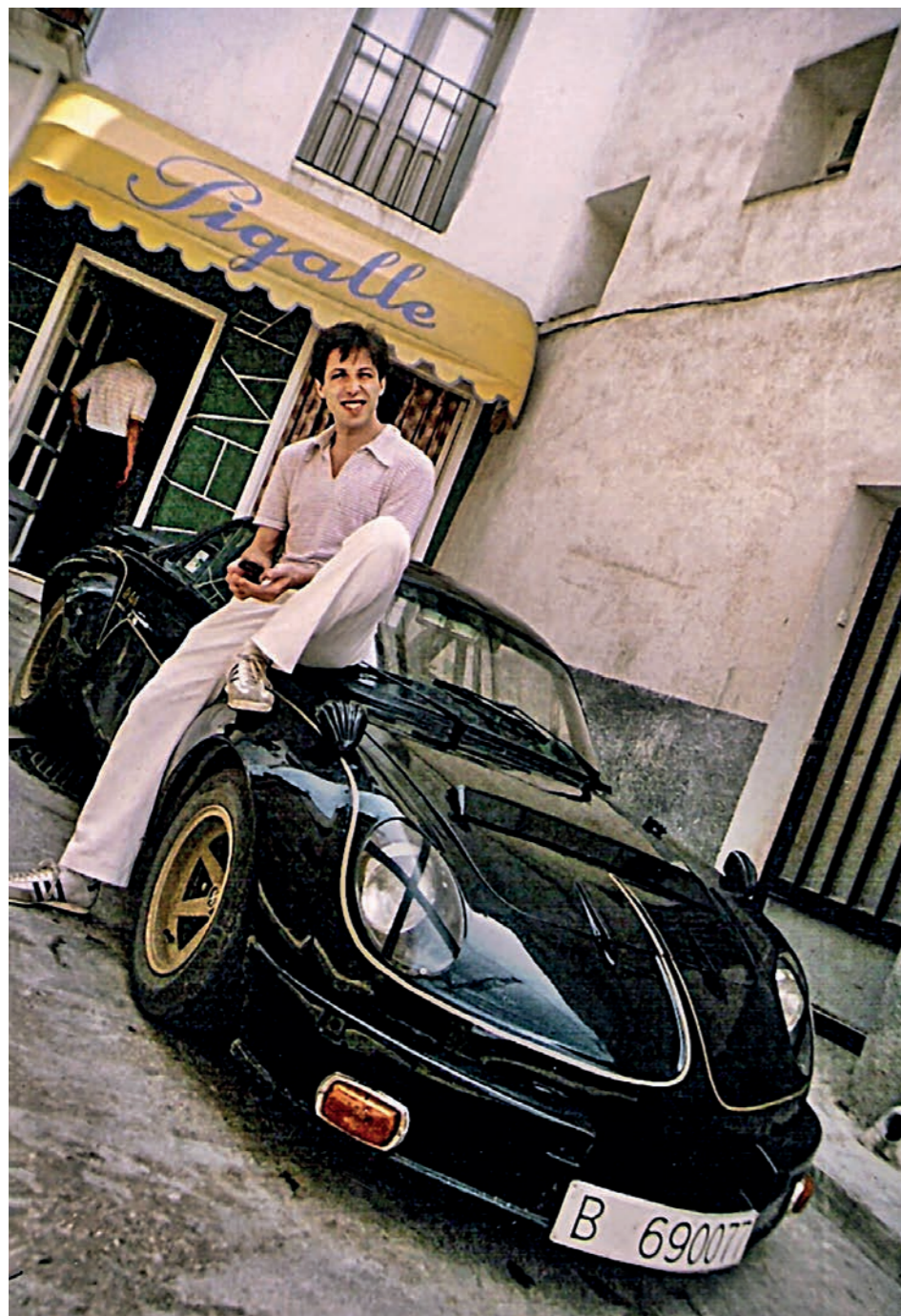
Muchas madrugadas aparecía un padre, o una novia, por el Pigalle, llamaban al cristal y preguntaban: ¿Está aquí mi hijo? En algunas ocasiones la Guardia Civil hacía visita al bar: ¿Qué es eso que estáis fumando? Y la respuesta era: tabaco inglés, ¿no lo ves? “Una de las primeras celebraciones que tuvimos recién abierto el bar fue la boda de Maite Pérez y Manolo Medrano y eso suponía que la especialidad de la casa y plato principal tenía que ser la música, las expectativas se superaron”.

La cerveza por antonomasia era la Skol, de la marca danesa Carlsberg Group. Esta cerveza la distribuía Jesús Bielsa y, por lo tanto, era la marca que se consumía y se sigue consumiendo en la actualidad, ahora como Carlsberg. La absenta era una tentación si querías algo rápido para entonarte.

Uno podría creer que ese espíritu *teenager* y esa ilusión con la que empezaron dura siempre, pero como en los grupos de música, frecuentemente hay discrepancias entre los miembros. En 1986 Luis Villanueva abandona el barco y su parte la compra el hermano de José Luis, Juan Carlos Insa, que acaba de aterrizar de vuelta del servicio militar. Jesús deja la barra y se dedica al reparto de cerveza, el bar será gestionado por los dos hermanos.

Absenta, tequila y rock and roll animals 40 años de Pigalle

Jesús Legua Valero
Fotografías del archivo del Pigalle



José Luis Insa, Adidas y Alpine.

Es una experiencia que todos hemos tenido. Estás entre un grupo de amigos y aspiras a ser el tío más *cool* del universo, moviéndote tranquilamente detrás de una barra cuando suena la canción *Time is on my side* de los Rolling Stones o Joy Division con *Love will tear us apart*. Para poner la guinda, en la puerta un Alpine negro esperándote. Esa fue la primera sensación que tuve con el bar Pigalle de Andorra, ubicado en la calle Santa Bárbara número 4. Y de esto hace ya 40 años. Este artículo no quiere ser solo una concesión a la nostalgia, ya que el Pigalle todavía sigue y los “chicos” todavía se divierten entre esas cuatro paredes, de otra forma, eso sí.

En el año 1981 yo tenía 17 años y de siempre había conocido en ese lugar una tienda de ultramarinos, pues llevaba abierta desde los años 40, regentada por la familia Insa. Y, de pronto, se transforma en base de operaciones destinada a albergar a los “modernos” del momento, incluido todo el profesorado que estaba de paso por Andorra. Allí descubrimos muchas canciones que orbitaron alrededor de nuestras vidas.

El Pigalle... ¡Qué bien sonaba el nombre! Aunque poco sabíamos de ese barrio parisino con luces de neón y eclécticos locales de vida nocturna. “Barajamos una serie de nombres, entre otros Siddhartha, que rendía homenaje a Hermann Hesse y su novela alegórica, pero al final fue Jesús Bielsa el que le dio el nombre al bar”.

En 1981 Jesús Bielsa, José Luis Insa y Luis Villanueva, después de haber finalizado el servicio militar y deambulado por la noche zaragozana, deciden montar un bar de corte musical. Ya sé que es un tópico, pero el Pigalle ha sido siempre un bar que se ha caracterizado por los discos.

El local pertenecía a la familia Insa, y José Luis, el hermano mayor, después de mirar otros locales en el pueblo, se decidió por la vieja tienda de ultramarinos que ya había cambiado de ubicación. Animado por su padre, que fue el que le ofreció el local, se pusieron manos a la obra y ellos mismos comenzaron con la primera reforma del recinto para convertirlo en bar, con un aforo no muy grande pero sí muy acogedor, donde cada cliente elegía su sitio.

“En aquella época pusimos 600 000 pesetas cada socio y mi teoría era que trabajando hasta los 40 (entonces tenía 21 años) sería suficiente para vivir a lo grande, y resulta que llevo 40 años detrás de la barra”. Los tres socios eran totalmente *amateurs* en el mundo de las barras, apenas tenían conocimientos sobre cómo llevar este tipo de negocios, pero no les preocupaba en absoluto. El hecho de haber estado en Zaragoza y frecuentar bares ya clásicos en la capital como El Bandido, La Croqueta o El 17 les dio una idea de cómo se podía adaptar todo esto a un pueblo. Tarea nada fácil, teniendo en cuenta que los únicos bares que funcionaban como bar musical en aquella época en Andorra eran El Crack, que se nutría de buenos discos apilados detrás de una barra, y la cervecería de “la Tina”, donde existía una Juke Box en la que seleccionabas la 3B y sonaba *Sobre un vidrio mojado* versión de Los Secretos.

Su exterior, en los inicios, no tenía nada que ver con la plaza que actualmente existe, la cual alberga una reproducción de la torre Eiffel que data de abril del 2000 y que fue donada por Ángel García Cañada. Fuera del bar solo estaba la calle y la gente se sentaba en la acera y allí charlaban, fumaban y tocaban la guitarra.

“La bancada del Pigalle, el metro cuadrado más compartido del pueblo, una ventana por la que muchos adolescentes nos asomamos al exterior de nuestras emociones”.

Durante la primera mitad de los ochenta el Pigalle y sus propietarios funcionaban como un grupo *beat* rodeado de sus acólitos. Entre otros, Antonio Gross, José Luis el Rata, Tony el Canario, etc. Todo son proyectos a largo plazo, buen rollo y ganas de comerse el mundo.

“El hecho de que fuéramos diferentes al resto de los bares de la localidad era debido a la música que sonaba, lo que influyó en que el público compartiera gustos de música menos estandarizada y comercial; grupos como Los Smiths, The Church, Talking Heads o incluso los precursores del *punk*, los Sex Pistols o Clash, sonaban en el local. No había televisión y la música se podía oír en todo su esplendor”.

Cada uno de los socios iba alimentando ese tocadiscos marca Dual donde se podían escuchar clásicos de hoy en día, pero que en aquella época eran un descubrimiento: *Lodger* de David Bowie, *Emotional rescue* de los Rolling Stones o *Música moderna* de Radio Futura. Estos hallazgos precoces dejarían huella en la personalidad de muchos de nosotros. Los discos del bar procedían de tiendas como Discos Linacero o Discos Val R-3 (tenía 3 tiendas en el Tubo de Zaragoza). Estos discos eran una necesidad en el bar, tan importante como tener *stock* de brebajes gloriosos. Hoy en día parece ciencia ficción, por desgracia.

“Cada uno traía sus discos y en algún momento podían sonar temas de Cat Stevens, para terminar por la noche con los Waterboys o Lou Reed y el tema *Crazy feeling*. Escuchar estos temas hoy en día es viajar a través del tiempo”.

Las noches del Pigalle también podían ser una pasarela donde la forma de vestir era poco convencional. En esas tardes y esas noches todo valía: las hombreras, los zapatos Doctor Martens, los pelos cardados, las chapas, parches y tachuelas en las chupas de cuero...

Muchas madrugadas aparecía un padre, o una novia, por el Pigalle, llamaban al cristal y preguntaban: ¿Está aquí mi hijo? En algunas ocasiones la Guardia Civil hacía visita al bar: ¿Qué es eso que estáis fumando? Y la respuesta era: tabaco inglés, ¿no lo ves? “Una de las primeras celebraciones que tuvimos recién abierto el bar fue la boda de Maite Pérez y Manolo Medrano y eso suponía que la especialidad de la casa y plato principal tenía que ser la música, las expectativas se superaron”.

La cerveza por antonomasia era la Skol, de la marca danesa Carlsberg Group. Esta cerveza la distribuía Jesús Bielsa y, por lo tanto, era la marca que se consumía y se sigue consumiendo en la actualidad, ahora como Carlsberg. La absenta era una tentación si querías algo rápido para entonarte.

Uno podría creer que ese espíritu *teenager* y esa ilusión con la que empezaron dura siempre, pero como en los grupos de música, frecuentemente hay discrepancias entre los miembros. En 1986 Luis Villanueva abandona el barco y su parte la compra el hermano de José Luis, Juan Carlos Insa, que acaba de aterrizar de vuelta del servicio militar. Jesús deja la barra y se dedica al reparto de cerveza, el bar será gestionado por los dos hermanos.

A mediados de los años 90, los *cassettes* y el vinilo daban sus últimas bocanadas, los CD ya se habían establecido como la gran plataforma de la industria musical y el Pigalle no tardó en cambiar al reproductor de CD, eso sí, conservando las pletinas para las cintas de *cassettes* durante una época.

“Era normal llevar tus discos/cintas para ver si el camarero de turno te los podía poner en el reproductor, incluso si en el bar había una chica a la que querías impresionar, le decías: Rebobina hasta el final y dale al *play*, es la primera de la cara B. También le dábamos cintas vírgenes para que nos grabaran determinados discos de cd o vinilo a cinta. Hoy esto sería impensable”.

Las fiestas y conciertos también fueron una parte importante en estos años. Las noches temáticas del Pigalle, los carnavales, donde los dueños y camareros siempre han estado muy finos mostrando trajes realmente alucinantes (Arlequin imitando al Bowie más camaleónico, Alex DeLarve como protagonista de *La naranja mecánica*, etc.), las fiestas navideñas, con ese encuentro tan entrañable el día de Nochebuena con los amigos que viven fuera de Andorra. Los clientes más veteranos del local, por haberlo vivido desde un inicio, saben bien de lo que escribo, son conocedores del desarrollo del local a través de las diferentes décadas y también de la importancia que tuvo la vecina Casa de la Cultura y todo lo que nos ha dado. Algunos de los artistas y grupos participantes en los ciclos de teatro, música y cine en sus diferentes espacios pasaron noches gloriosas en el Pigalle.

“El Pigalle de los viernes y sábados llegaba a su punto álgido durante la noche. Los chavales del pueblo convivían con sus profesores (recuerdo a Javier Soriano y Manuel Bellido), personal de paso que trabajaba en la central, también en ocasiones artistas que estaban de gira por la zona, como Loquillo, que tocaba en Calanda y quiso conocer este “templo del modernismo”, o Ricardo Gómez, el pequeño Carlos de la serie *Cuéntame*, que estaba de gira y participaba en el ciclo de teatro en Andorra”.

Las máquinas recreativas del Pigalle también merecen unas líneas, con aquellos videojuegos sin gráficos espectaculares como El Galaxian, las máquinas de *pinball* que te sumergían en un festival de luces y sonidos mientras sonaban Tequila o Los Ronaldos y los mandos *flipper* con los que el jugador podía tomar elecciones, mover la máquina y, sobre todo, poner de los nervios a los camareros. Este tipo de máquinas también ha ido desapareciendo para dejar paso a las tragaperras, que no aportan ningún tipo de encanto. “Siempre teníamos bronca con alguno de los camareros, nos decían que no le diéramos golpes y levantáramos la máquina del suelo”.

La decoración del local durante la segunda reforma cambió considerablemente. En el espacio ha habido 3 reformas, hemos conocido los baños en tres lugares diferentes. Si uno de los nuevos clientes viera el Pigalle del 85 o del 91 se llevaría una sorpresa. El ladrillo caravista se ha ido pintando de diferentes colores, la madera de la barra también ha ido cambiando. Han permanecido los taburetes de corte parisino y los cuadros que recuerdan los diferentes barrios de París. El local también ha crecido con la ampliación que se hizo en la última reforma y que dio paso a una bodega muy discreta, donde los chavales pasan las tardes jugando al ajedrez, juegos de cartas, etc.

En 1994 nace la revista *Mondosonoro*, una revista musical independiente y gratuita, y en Andorra el Pigalle es el único lugar

donde esta revista se va a poder conseguir. “Mi hermana Laura y su novio Óscar comenzaron a distribuir el *Mondosonoro* por Aragón y, claro, el Pigalle fue clave para que la gente conociera esta publicación”.

A finales de los 90 las tendencias musicales iban cambiando, los pocos grupos nacionales que se habían mantenido al margen del huracán socio-músico-cultural que fue la movida sobrevivían como podían y el género *indie* (odio esta palabra) se fue abriendo paso. Los Planetas, Hermanos Dalton, Surfín Bichos, Nosotrash... se iban abriendo camino y el Pigalle sintonizaba muy bien con este movimiento. También las bandas foráneas como Oasis, Rem, B-52, Radiohead se podían escuchar. “Había noches en que canciones como *Segundo premio* de Los Planetas eran coreadas como si toda la afición del Liverpool estuviera cantando el *You'll never walk alone*, era tremendo y emocionante”.

Ese amplio espectro de miras, poniendo música elegante y con criterio, organizando exposiciones, algún que otro concierto con bandas, la mayoría de la zona, sesiones con pinchadas gloriosas y fiestas..., el recibimiento del siglo XXI en el Pigalle prometía.

“Cuando surgió la idea de montar el festival Easy Pop nos juntábamos en la barra del Pigalle, siempre al fondo, al lado de la diana, y barajábamos propuestas. Las mejores locuras nacen en los bares y de esta forma nació el Easy Pop Weekend, que durante 9 años tuvo un papel importante en la vida de este bar y este pueblo”. En el año 2002 el Pigalle se convirtió en el cuartel general y centro de exposiciones para las fiestas Easy, aunque también participaban, en menor medida, La Room y el Graffiti, otros bares de la localidad.

“Tuvimos la suerte de tener en el Pigalle a Juan de Pablos, locutor de Radio3, los periodistas JF León, Eduardo Ranedo, el *soul man* Miguel Ángel Julián de los Soul Tellers, fanzineros como Armando Georgy Girl y a toda la *jet set* del pop nacional como público del festival”. Los conciertos del Pigalle han sido otra de sus señas de identidad. Bandas de la talla de La Habitación Roja, Joe Crepúsculo o Tachenko han compartido local con la orquesta Deluxe, H de Huevo, el cantautor Carmelo Valero y muchas otras bandas andorranas y todos ellos nos han ofrecido momentos para enmarcar.

Llegados a este punto aparece la cuestión de los camareros que estuvieron trabajando en determinados momentos y que no fueran los propietarios. “Igual que en el primer concierto de los Sex Pistols en el Lesser Free Trade Hall de Manchester al que todo el mundo asegura haber asistido, aunque realmente solo hubo 40 personas entre el público, pasa con los camareros del Pigalle, todos han trabajado allí, aunque fuera solo unas horas. Elena, Laura, Macario, Alba, Maite y Andrea han sido los que más horas han echado”.

Los cambios de generación se van sucediendo, los móviles, con sus dichosas redes sociales, hacen su aparición y se pierden un poco, por no decir bastante, esas tertulias en la acera con unas cervezas y hablando de los discos preferidos.

“Ya no son tan pesados como vosotros con el tema musical, puedo poner a Chet Baker para continuar con Enrique Morente y nadie dice nada, ni pregunta qué es esto que suena. Joder, es que vosotros no parabais”.

He recogido muchas opiniones sobre los 40 años del Pigalle y os puedo decir que se le quiere, no solamente la gente del pueblo, también mucha gente de toda la geografía española que siempre pregunta por ese bar donde ponen tan buena música y pinchaba Juan de Pablos.

Esta es mi historia de los 40 años del Pigalle. Probablemente faltan piezas, seguro que tú tienes alguna con la que completarla.

Dedicado a Jesús Molina el Niño, Antonio Gross, José Monzón, Felipe Anadón y JC Villanueva el Villa, pigalleros de pro. Salud.



El Pigalle en sus primeros tiempos.



El cantante de Big City en un concierto en acústico.



Juan Carlos Insa, en el centro, con dos de los integrantes de Tachenko.



Concierto en acústico de La Habitación Roja por el 30 aniversario del Pigalle.



Carnavales y Halloween siempre han sido muy festajados en el Pigalle.



Toporsao en una de las animadas noches de verano en la terraza del Pigalle.